

## MIGUEL GALINDO

Nació en Tonila, Jal., en 1883. Murió en Colima, Col., el 3 de febrero de 1942.

Historiador y poeta, escribió *Elementos de Historia Mexicana*; *Elementos de Historia General*; *Nociones de historia de la música mexicana* (1933); *Apuntes para la historia de Colima* (1923-24); *Apuntes para la historia de la literatura mexicana* (1925); *Colima en el espacio, en el tiempo y en la vida* (1929); *Los fantasmas de Colima* (1924); *Geografía arqueológica del estado de Colima* (1925); *Historia pintoresca de Colima* (1939); *El mito de la patria. Estudio de psicología histórica aplicado a la República Mexicana* (1920); *La razón de la sin razón. Estudio médico-psicológico de la locura en D. Quijote* (1924).

Fuente: Miguel Galindo. *Apuntes para la historia de Colima*. Colima, Imprenta de El Dragón, 1923. XVI-293 p. p. 143-170.

### LA CONQUISTA DE COLIMA

Sandoval permaneció aún algunos días en el pueblo de Xocoltán viendo los primeros trabajos que se emprendían para formar la parte material de la Villa, o sea las primitivas habitaciones que iban a ocupar los colonos, y por fin volvióse a México, o, diremos, a Coyoacán.

No fue mal escogido el sitio para la fundación de Colima. Las márgenes del río que lleva su nombre eran sinuosas y en sus curvas las aguas formaban remansos que invitaban al baño tanto más deseado cuanto ardiente es la región. Árboles frondosos ponían su fresca sombra bienhechora a la disposición de todo el que quería gozar de ella y las cimbradoras palmeras, a la belleza de sus murmurantes abanicos, añadían su fruto refrescante y sabroso. El paisaje era tentador, y atraído con su fecundidad y hermosura a todos los guerreros que, al pasar, lo contemplaron; pero quedáronse en él aquellos en quienes dominaba el instinto campesino sobre el guerrero. Se volvieron con Sandoval los que tenían invertidos estos sentimientos, es decir, aquellos en quienes el ardor bélico no se apagaba aún y necesitaban para desarrollarlo de nuevas luchas y de nuevas aventuras. Todavía en algunas pinturas antiguas se alcanza a percibir la hermosura del paisaje en las vegas

del río que hoy se han urbanizado, destruyendo la obra de la naturaleza con obras de mala arquitectura, y los descendientes de aquellos caballeros que en esta tierra dejaron la armadura en la margen del río para ponerse a cultivar la tierra, y aprovecharse de las fecundas arboledas frutales, han visto que estas se han retirado poco a poco del centro de la población, han encontrado ésta muy crecida, y las aguas del río muy disminuidas, al grado de provocar disgustos y protestas porque ya no bastan ni para los usos indispensables.

A pesar de esto, hemos dicho que no todos los que vinieron a la conquista se quedaron en esta tierra florida, y debemos señalar los fundadores de la Villa de San Sebastián, que pocas veces, y sólo en algunos documentos oficiales, se llamó así, siendo corriente que desde un principio se llamara Villa de Colima, y esto debido a que la región en general se llamó así por haber interpretado de ese modo los españoles la palabra indígena con que los naturales del país decían lo que era éste: lugar que conquistaron sus abuelos "Coliman".

Los fundadores de Colima fueron los siguientes: Juan Pinzón, Ginés Pinzón, Diego Garrido, Cristóbal Cabezón, Juan de Iniestra, Martín de Monjarás, Rodrigo de Evia, Rodrigo Lepuscano, que habían venido a América con Hernán Cortés. Francisco de Sifontes, Alonso de Arévalo, Gómez de Hoyos, Juan Fernández, Rodrigo de Villacinda, Alonso Quintero, Antón de Santa Ana, Juan Batista, Batista de Rapalo, Alonso del Río, Pedro Gómez, Gregorio Ramírez y Juan de Aguilar, que vinieron con Pánfilo de Narváez. Benito Gallego, Hernando de la Peña, Jorge Carrillo, Antón López, Gonzalo de Talavera, Juan Pérez, Diego de Chávez, Martín Ximénez, Rodrigo Manrique, Pedro Santa Ana, Bartolomé López y Alonso López, que pasaron a la América en diversas ocasiones; pero todos fueron parte de las fuerzas de Gonzalo de Sandoval en la Conquista de Colima, y estos fueron los que se quedaron a poblar la recién fundada Villa.

Sandoval mismo nombró las primeras autoridades o alcaldes ordinarios, como se decía entonces, y los primeros regidores o miembros de su Ayuntamiento, entre tanto Hernán Cortés ratificaba o rectificaba esos nombramientos y daba posesión de la tierra a la congregación española, le llamaremos así, que acababa de bautizarse con el nombre de San Sebastián, esto es, determinaba los ejidos, cosa que nunca se hizo ni por Cortés ni por los virreyes. Pero el mismo Ayuntamiento recién formado tuvo a bien darse sus ejidos y conside-

rarse donador y donado a la vez, como lo veremos más adelante.

No sucedió lo mismo respecto a la propiedad particular, pues que, como tal, el interés particular se encargó de gestionar la repartición de la tierra en la forma usada en aquellos tiempos.

Mas antes de esto y en los primeros meses que siguieron a la fundación de la Villa, los fundadores se ocuparon en reconocer toda la región que la rodeaba, y por distintos rumbos fueron explorándola, encontrando los numerosísimos poblados que entonces existían, y de los cuales han llegado a nuestras noticias los siguientes, con la población que señalamos en seguida: Tecolapa y Temecatlipan, con cien indígenas; Epatlán 140, Atenezcal 10, Tuxtla 100, Tequepa 40, Amecan 200, Zucuitlán 30, Petatlán 20, Coatlán 40, Mayuluapa 40, Tomatlán 15, Atempalcal 20, Pascoatlán 10, Ayayavalulco 80, Tecuaxan 60, Tepetatipa 30, Macatlan 10, Chalo 200, Cinacamitlán 100, Xoloapa 140, Ocatlán 140, Macayunclates 15, Cacuta 10, Acautlán 40, Estapa 10, Tenaslatlán 15, Yacatlán 15, Acatlán 15, Tamala 8, Totolmoloya 20, Nichimoyoacán 15, Amecan 12, Tesalapa 60, Autental 200, Temaztlán 200, Chimalcal 80, Temeatlán 200, Cuyutlán 40, Tlaxcaloaxaca 20, Temayuca 3, Tescaloatlan 15, Tenexcal 10, Texcaloatlan 15, Taxcatlán 100, Xonocatlán 20, Xilotempa 25, Ocaitepeque 30, Chimilotlan 100, Macatapala 10, Pechutitlán 50, Xucatlán 40, Comala 40 y Chapulcal 10, etc.

Estas poblaciones fueron las que primero se adjudicaron los fundadores de Colima, para lo cual pidieron a Hernán Cortés la debida autorización; pero había otras tantas congregaciones que señalaremos más adelante, y que fueran descubiertas por otros exploradores, que llegaron en 1524 con don Francisco Cortés de San Buenaventura.

Las congregaciones citadas anteriormente fueron repartidas entre los fundadores de Colima y dadas en encomienda por Hernán Cortés al año siguiente a la fundación de la Villa, (1523) por medio de cédulas.

Como se ve por la cédula anterior, Hernán Cortés fue el primero en llamar la naciente villa por nombre distinto del oficial, y así fue la costumbre hacerlo, aun cuando oficialmente se dijera otra cosa. Por medio de cédulas como la anterior se repartieron las congregaciones antedichas, y se organizó la dominación conservando a los gobernadores o caciques de los pueblos sin molestarlos, antes bien sirviéndose de ellos

como intermediarios para que los indígenas dieran a los españoles el tributo de su encomienda, el cual no fue tasado en un principio, sino mucho tiempo después (1550, siendo alcalde mayor Cristóbal Spíndola), por lo que daban lo que a bien querían.

De este modo fue como se organizó la dominación española que, como dice muy bien don Ignacio Rodríguez en su *Ensayo Histórico*, no fue tan dura como en otras partes. Por lo demás, los indios de esta tierra fueron muy dóciles, y no necesitaban del rigor de los encomenderos, a lo que debió agregarse que desde un principio tenían en su favor las recomendaciones que Hernán Cortés diera siempre a sus capitanes para organizar la dominación, y que después escribió y ordenó se cumplieran en toda la Nueva España, ordenanzas que en su mayor parte fueron aceptadas por el gobierno español.

Lo anterior determina perfectamente el carácter de la nueva colonia: militar y religiosa en los dominadores; gregaria, religiosa y dócil en los dominados.

Mas por otra parte, se ve el empeño del Conquistador por hacer la prosperidad de la tierra. Si trataba de tener listos a sus compatriotas para cualquier eventualidad y asegurar la dominación, también trataba de que se civilizaran los indígenas; si permitía que se enriquecieran sus paisanos con el trabajo de los naturales, también procuraba que las riquezas se quedaran aquí, y obligaba a que todos formaran un nuevo hogar en esta tierra, a la vez que trataba de moralizar a sus mismos compatriotas ordenando que todos se casaran. Trataba de formar nuevas familias, pero familias nacionales en esta tierra. Ordenaba por escrito, lo que la naturaleza hace instintivamente de manera retardada y dolorosa.

Cortés violentaba la amalgama social que se hace siempre en la historia entre dominados y dominadores para hacer surgir una civilización, facilitando, indicando y obligando al camino más recto.

Nótese que no prescribe que los matrimonios sean con españoles, sino que deja libertad para que los españoles escojan indígenas con quienes formar el nuevo hogar. Esas ordenanzas y otras dadas por el Conquistador, revelan un soberano talento y una sabiduría sociológica que asombran, tanto más, cuanto que son dictadas por un guerrero que no tenía ni tiempo ni calma de estarse en su gabinete de estudio meditando sobre los fenómenos sociales, sino que tenía que embrazar

el escudo y empuñar la espada para ir personalmente a las luchas que se ofrecían.

¡Lástima y grande que no se hayan llevado a cabo todas las instrucciones en la evolución de las nuevas sociedades! La mezcla de sangre dio por resultado el que dominara el elemento mayor, el de mayor extensión. Si actualmente rigiera aun la disposición de que todos los aptos fueran casados, estaríamos, al fin de cuatrocientos años, a mucha mayor altura que la presente.

Hernán Cortés recibía a cada momento las solicitudes para las encomiendas de la nueva villa, ya de los fundadores de ésta que se trasladaban a Coyoacán para hacerlas, ya de otros españoles que tenían noticias de esta tierra por los primeros y que pedían al Conquistador permiso para venir a acercarse en ella, solicitando también terrenos o congregaciones. A la vez que se hacía lo anterior, también se ponía en conocimiento de Cortés el que el territorio que se tenía al frente era extenso y que cada día se descubrían nuevos poblados, por lo que Cortés, teniendo que partir para las Hibueras y no queriendo dejar sin dirección los asuntos de la provincia de Colima, como se empezó a llamar al nuevo dominio, sin la dirección conveniente, nombró a su sobrino don Francisco Cortés de San Buenaventura, para que viniera como Alcalde Mayor de ella y lugarteniente de aquél, se presentara a su Ayuntamiento, hiciera los repartimientos del caso, trayéndose a México a los vecinos de la villa que andaban por allá, como a otros que quisieran venir y aquellos a quienes se les ordenara la venida, y que explorase toda la costa.

En el mes de agosto de 1524 salió de México para la villa de Colima don Francisco Cortés de San Buenaventura.

Con detalladas, precisas y terminantes instrucciones partió don Francisco Cortés de San Buenaventura para la Villa de Colima, dirigiéndose, probablemente, como los anteriores conquistadores, por Coalcomán y Zacatula. Al pasar por Tuxpan, dio posesión del cargo de alcalde de este pueblo a don Antonio Arzega, quien después se hizo franciscano y llegó a ser obispo de Venezuela.

Cortés de San Buenaventura llegó a la Villa de Colima y presentó al Ayuntamiento las instrucciones de su tío don Hernando, habiéndosele recibido el juramento de costumbre con toda la solemnidad del caso, para reconocerlo como Alcalde Mayor y Lugarteniente del Conquistador.

Después de esta solemnidad, procedió don Francisco al re-

partimiento de los otros pueblos descubiertos, e hizo los demás arreglos de la recién fundada Villa. Entre los fundadores de ésta y los que después fueron llegando, los pueblos que se encontraban en lo que en aquel entonces se consideró como la provincia de Colima quedaron distribuidos del modo siguiente:

Juan Pinzón, recibió Tecolapa y Temecátlipan; Diego Garrido, Epatlán y Atezcacal; Cristóbal Cabezón, Tuxtla; Juan de Iniestra, Tequepa, Amecan y Zuquitlán; Gines Pinzón, Petatlán; Alonso Martín de Trejo, Coatlan; Martín de Monjarás, Mayuluapa y Tomatlán; Rodrigo de Evia, Atempancal; Rodrigo Lepuzcano, Pazcuatlán; Benito Gallego, Ayahualulco; Francisco de Sifontes, Tecuaxuacán, Tepetatipa y Mazatlán; Alonso de Arévalo, Chalco y Chinacamitlán; Gómez de Hoyos, Xuluapan; Juan Fernández, Ocatlán y Macayunclates; Antonio del Castillo, Cacacuta; Rodrigo de Villacinda, Acautlán y Estapa; Alonso Quintero, Tenaslatlán; Antón de Santa Ana, Yacatlán, Arcatlán y Tamalá; Juan Batista, Totolmoloja Nichimoyoacán y Amecan; Batista de Rapalo, Teaslapa; Alonso del Río, Autencal; Pedro Gómez, Tenamastlán y Chimalcal; Martín Monje, Temeatlán y Cuyutlán; Francisco Santos, Tlaxcaloazca, Temayuca y Texcaloatlán; Juan de Villa, Tenexcal; Gregorio Ramírez, Tazcatlán; Juan de Aguilar, Xicotlán y Xonocatlán; Antón de Ronda, Xilotempa y Ocaitepeque; Bartolo Chavarín, Chimilitlán; Pedro de Cimancas, Macatapala; Juan Núñez, Pechutitlán; Alonso López, Estapa; Mateo Ventanilla, Juncatlán; Bartolomé López, Comala y Chapulcal; Hernando de la Peña, Autlán, Ecuatlán, Yascutlán y Tlazterna; Jorge Carrillo, Teyotlán y Tecocitlán; Antón López, Acautepeque y Zacatan; Gonzalo de Talavera, Tepetitango y Coyotlán; Alonso Lorenzo, Epatlán (300 habitantes sin someterse), Juan Pérez, Quizcotlán, Caitatlán y Mitezpa; Martín Ximénez, Chapula y Teyoahuacán; Manuel de Cásares, Epatlán y la mitad de Atexcacal; Diego de Chávez, Tepenacan; Pablo de Lugón, Ixtapaterna; Rodrigo Manrique, Maloatlán, Xuchimilco y Caporecal; Pedro Santa Ana, Cuyutlana, Emixcoal, Aquicecal y la mitad de la cabecera de Amilpa (habitantes insometidos); Jerónimo Flores, Yanquiala (en armas); Francisco Cortés, la Villa de Colima en corregimiento, Xiconal, Calaina, Ametla, Acatiplan y Alima; Terán de Sancho, Apochitlán y Anacuan; Pedro Alvarado, Icamayamoca, Tlascaloya y Tleztlacometa; Francisco de Madrid, Chapula (una parte), Xutlán y Cacatlán; Hernando Gómez, la mitad de Ila y la mitad de Icaztlán; Pedro de Victoria, la mitad de Cuicatlán

y la mitad de Tamala; J. Quiñones, Tlacabaya; Hernando Moreno, Tlutayunque.

Las congregaciones de Cachao, Maruata, Pómaro, Coire y Estapilla, no se sometieron luego, sino que permanecieron en guerra mucho tiempo.

En los casos en que aparece un pueblo para dos o más encomenderos, es que a cada quien le tocó una parte. Hubo también dos o más pueblos que tuvieran el mismo nombre. Algunos como Comala, Autlán, etc. eran de 200 a 300 habitantes. La gran mayoría era de escasa población; pero el conjunto daba un total de más de seis mil personas sujetas al dominio español. Hubo dos o tres pequeñas congregaciones que por muchos años estuvieron luchando por su independencia, hasta quedar, por fin, dispersas o difundidas entre la población sometida.

Hechos los repartimientos prescritos por don Hernando en sus instrucciones, Cortés de San Buenaventura continuó dando cumplimiento a éstas, y salió de la villa de Colima rumbo a Autlán y Ameca, llevando cien españoles y un gran número de auxiliares tarascos y colimotes. En Ameca tuvo noticias de que el señorío de Etzatlán era muy grande y rico, se dirigió a él donde fue muy bien recibido; permaneció unos días en él y recibió allí la sumisión de Coaxicar tlatoani de Xochitepec, y después de dar Etzatlán en encomienda a Juan de Escarcena, continuó sus exploraciones. Por todas partes fue recibiendo muestras de sumisión, y una población dócil completamente, lo cual corrobora nuestras apreciaciones respecto a la influencia del medio ambiente sobre el carácter, y respecto a la parte belicosa de la población que la hemos reducido a los popolocas y tarascos, destruidos o dispersados en la sangrienta lucha de la conquista. Sin embargo, deben hacerse dos honrosas excepciones: Coaxicar fue al llamado de Cortés temeroso de que llegara a su pueblo, y sus súbditos le presentaron batalla al español en Tetitlán, siendo vencidos. La otra excepción es la del pueblo de Tintoque. Pero antes Cortés había pasado por Tepic y Xalisco, recibiendo manifestaciones de agrado y obsequios, en especial en Xalisco, donde la reina que mandaba les preparó fiestas y agasajos casi fantásticos. En Xalisco recibió la embajada de Xonacatl Tuyorit, señor de Aztatlán, quien le mandaba unas mantas finas, y supo que por allí había otros señoríos más adelante, Acaponeta y Centispac, a los que no quiso ir por no considerarse bastante fuerte, sino que de Xalisco se volvió a Colima, to-

mando rumbo a la costa Sur. Salió para Zapotiltic, y después de permanecer cerca de una semana en Qualactempa, se volvió por Mecatlan y Chacala.

Frente a la costa, Juan de Villagómez y Diego García descubrieron las islas que hoy se llaman de Las Tres Marías. Continuaron la marcha, pero al bajar a un valle descubrieron una gran población, la de Tintoque, y frente a ella un numerosísimo ejército de más de veinte mil indios adornados de plumas y llevando una bandera cada uno de ellos. Parece que Cortés de San Buenaventura no era tan aguerrido como sus predecesores, que no medían el peligro, pues al ver tanto enemigo, se desarrolló, al decir del P. Tello, la escena siguiente:

Hace uso de la palabra el jefe y les dice a sus capitanes: “Señores y caballeros, paréceme que somos muy pocos para tanto enemigo, y que para cada soldado hay más de mil indios; tengo por muy dudoso entrar y ganarles su pueblo, y si es cierto que nos han de acabar, mejor será que nos volvámos, y no morir y acabar entre tanto enemigo.” “Y oyendo estas palabras de un capitán que tantos y tan buenos caballeros y soldados tenía consigo, se afrentaron, y mirando unos a otros se rieron, aunque muy corridos de oír tal cobardía, y luego Angel de Villafaña, valiente caballero, habló por todos diciendo: “¿Señor capitán, ahora es tiempo de decir esas razones y desmayar? ¿Qué cosa es volver las espaldas a tan vil gente? ¡No muestra usted ser Cortés! Si quiere usted volverse, vuélvase, que por vida de Villafaña que han de decir “aquí murieron peleando” y no han de decir: “aquí los mataron huyendo”, y así usted se anime, que aquí hemos de acabar o vencer como valientes españoles. Usted se ponga con Dios y pongamos orden en nuestro campo y armas que es lo que hace el caso; y no se espante de ver tanta bandera, que son de viento; échense también banderas de nuestra parte, y sea luego.” (Tello). Rudo y sangriento fue el combate; pero la táctica española venció. A aquel lugar le pusieron por nombre Valle de Banderas.

Al pasar por Tuito salieron a recibirlos los indígenas en extraña procesión: llevaban cerquillo, escapularios, y cruces de carrizo, y el cacique portaba un destrozado hábito dominicano. Grande fue la sorpresa que esto causó a los españoles; pero a la vista de una ancla rota y enmohecida, y por las investigaciones que hicieron, cayeron en la cuenta de que un naufragio había arrojado sobre estas playas a gente del viejo

mundo, entre la cual había frailes dominicos que habían predicado el evangelio entre los indígenas, tratando de sembrar la civilización cristiana; pero los indígenas les dieron muerte. De ellos habían aprendido muchas cosas, y entre otras a hacer cruces y servirse de ellas cuando se vieran en algún peligro. El Padre Villadiego que acompañaba a los exploradores, al ver la cruz se arrodilló, haciendo lo mismo el capitán y los soldados. Esto pasaba el domingo de Ramos de 1525, por lo que se puso al lugar Santa Cruz de los Ramos. Después de decir misa el padre Villadiego, continuaron la marcha. En ella tocaron los pueblos de Tomatlán, Chola, Chamela, Cuxmatlán, el valle de Espuchimilco, y por Ixtlán y Silla se volvieron a Colima.

Los pueblos recorridos, ricos y dóciles, fueron la tentación más tarde del bandido y cruel don Nuño Beltrán de Guzmán, que con el pretexto de conquistarlos, lo que no era necesario, puesto que eran sumisos, los volvió a recorrer cometiendo tropelías y despojos, como lo veremos más adelante, en lo relativo a Colima, que es muy poco comparado con lo que hizo en Jalisco y Michoacán.

Quedó por conquistado, a nombre de Hernán Cortés, y por intermedio de su sobrino don Francisco: las costas del Mar del Sur, desde Colima hasta Xalisco y Valle de Banderas; por medio de Alonso de Avalos, los territorios que llevaron su nombre. Unos y otros pertenecen hoy al Estado de Jalisco, y unos y otros y algunas partes de las del Estado de Colima, fueron invadidas por Guzmán o sus soldados, despojando a algunos de los vecinos de la Villa del mismo nombre.

Ya en esa época comenzaba a diseñarse lo que sería el territorio de Colima. Una vez destruido el ejército defensor que formaran los caciques de Colima, Autlán y Xicotlán, el Río de Chacala o Marabasco fue un límite natural que detuvo a los nuevos colonos, y fueron posesionándose de los terrenos que se extendían desde el citado río hasta cerca de la desembocadura del Balsas. En estas regiones había una parte a que dieron los españoles el nombre de Motines, probablemente porque la tradición les haya hecho saber que eran frecuentes las reyertas de congregación a congregación, motivadas por la posesión de los placeres de oro de Coahuayana. Esta región actualmente pertenece al Estado de Michoacán.

Por el Oriente no había límite preciso, porque ni los accidentes geográficos ni los políticos podían determinarlos. Avalos había sometido a Zapotlán, Sayula, Zacoalco, etc.; pero

como al contribuir el rey de Zapotlán, Minotlacoya, a la conquista, había quedado muerto en el campo de batalla, y venció el ejército invasor que se posesionó de Colima, a esta región debió quedar agregado Zapotlán. No así los otros pueblos que no tomaron parte en esta acción, o la parte que tomaron fue pequeña y estaban demasiado lejos para formar unidad con Colima.

Respecto de Zapotlán, lo referido no era razón suficiente para que formara parte de Colima, por ser aquella población de más importancia que la recién fundada Villa. Esto aparece como una paradoja: Zapotlán era y no era de Colima. Más bien quedó segregada automáticamente, en lo social y en lo religioso; posteriormente la política se encargó de determinar los territorios, cuando, pasado el desorden de las audiencias, los virreyes tuvieron una acción más ordenada y uniforme. Sin embargo, va a seguir por algún tiempo el territorio de Colima, como si fuera una enorme tela de caucho, extendiéndose y acortándose para un lado y para otro, y dependiente de este o del otro centro de gobierno.